

pués fue Víctor Pina Cardoso. Este, era un misterioso del carajo. Nadie en el Partido sabía qué hacía ni dónde vivía. Él fue quien me metió dentro del cuerpo el sigilo esa, el misterio, la «cosa». Yo lo veía en una casa por Mantilla. Me contrachequeaba antes de llegar y era muy... de película la entrevista. Salía «sigillao».

Posteriormente, y como se sabía que había grupos de gánsteres que estaban preparando atentados contra dirigentes comunistas, fui orientado a penetrar esos grupos. En ese tiempo expulsaron del Partido a cinco periodistas, entre ellos a Rolando Masferrer. Estos fundan una revista que se llamó *Tiempo en Cuba* y, bueno, me orientaron ligarme con Masferrer. Conoci que este se relacionaba con otros elementos gansteriles, organizando un grupo anticomunista. Me llegué a toda esa gente. Tenían entre sus planes atacar contra la vida de los dirigentes del Partido Socialista Popular. Ya se habían producido los asesinatos de Arcelio Iglesias y de Manuel Porto Pena, así como tenían planes contra Lázaro Peña y Blas Roca, entre otros.

En 1944, orientado por el Partido, ingreso en la Policía Secreta, para dar información de interés al Partido, aunque sigo manteniendo buenas relaciones con los gánsteres y toda esa gente.

Después vino lo de Cayo Confites. Recién me había casado cuando me metí en eso. No tuve luna de miel. No había tiempo para eso. Recuerdo que cuando aquello, la cosa de derrocar a Trujillo cogió fuerza y se hizo popular. Eso de Cayo Confites fue «un secreto a voces». En el Movimiento la gente era muy heterogénea. A veces pienso: «Si hubiera triunfado, ¿qué clase de gente hubiera tomado el poder?». Lo mejor y más sano que entonces había allí era Fidel. Fue en esa época en que lo conocí. A él le gustaba hablar con los compañeros de la guerra de España. Se interesaba por aquella experiencia. Yo le relaté muchas cosas. Fidel hablaba mucho de Martí. Lo respetaban.

Después del entrenamiento buscamos los cayos. Yo también participé en la selección. Queríamos un cayo pequeño y aislado. Así nos pareció bueno Cayo Confites y para allá salieron los hombres. Recuerdo a Fidel. Era teniente, y una vez, porque había un pedacito de tierra que pertenecía al cayo, pero estaba más apartado y para allá enviaban a los que cometían faltas de disciplina y entonces un tipo que era capitán tuvo un problema con Fidel, y el tipo ese le dice a Fidel, bueno, te nombro jefe de los castigados y Fidel le respondió que no había ido a cuidar presos. Y se formó.

El gobierno de Grau nos traicionó y todo aquello se vino abajo. La marina nos condujo presos a todos para Santiago. ¡No!, a todos no, a Fidel no. Cuando el barco que nos conducía entró en la bahía, Fidel se lanzó al agua y ganó la costa a nado. ¡Qué hombre! No se dejó coger.

Al producirse el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, abandono el cargo de detective de la Policía Secreta y me dedico a la lucha contra Batista. ¡Fulgencio Batista era mi gran enemigo! Con él no tenía tregua. Aquel día me dijo: «Esta es la decisiva.» Y ya el 20 de marzo me reúno en la embajada de Guatemala, ubicada en el reparto La Sierra, con Juan Manuel Márquez y otros más; así comenzamos a conspirar. Sigo, además, manteniendo contacto con otros grupos y de todo eso, informando al Partido.

Formo parte de un grupo que lo integraban Daniel Martín Labranderero, Carlos Gutiérrez Menoyo y Marcelo Manat Amántegul; todos de nacionalidad española que desde hacía tiempo se encontraban en Cuba como exilados políticos.

Una de las primeras tareas que realizamos fue la recolección de armas, con el propósito de impartir clases sobre el manejo de armas automáticas y lanzamiento de granadas. A principios del año 1953, Labranderero, Gutiérrez Menoyo, Amántegul y yo entramos en contacto con elementos de la Organización Autén-